

BERLÍN

1945

Ninguno de los viajes por mí emprendidos se vio animado de tan profunda emoción como el que comenzó el aeropuerto de Bromma una mañana de febrero. Bien sabía yo que no debía albergar grandes ilusiones con respecto al éxito de mi cometido. Harto ínfimas eran las esperanzas de obtener un resultado absolutamente satisfactorio.

No se escapaba la dificultad de los obstáculos que tendría que superar para lograr algo de lo que me había propuesto. Pero hice lo indecible por convencerme de que si lograba ponerme en contacto directo con Himmler, mi misión no habría sido en vano. Por fin, medio lograría siquiera una parte del plan que tan cuidadosamente forjé.

Pero, ¿podría ponerme en comunicación con el hombre que, en realidad, y según aplastante mayoría, era tenido por el más importante del III Reich. En aquel momento Himmler tenía a su cargo el mando superior de los ejércitos del frente del Oder y su presencia era imprescindible en el escenario de la batalla, en el instante en que los rusos llevaban a cabo su ataque. Tampoco debía yo minusvalorar las dificultades que se derivarían, y las que conviene aludir, de aquellos a quienes debía pedir la entrevista con tan singular personaje y a quienes, claro está, yo no podía confiar en absoluto el verdadero fin de mi misión. No era difícil darse cuenta de que, si los que actuaban como intermediarios no aprobaban mi plan, podrían manos a la obra para anularlo.

A mi llegada a Berlín, la situación política se traducían más o menos en los siguientes términos:

Justamente acababa de celebrarse la conferencia de Yalta. Se desprendía del comunicado emitido por Roosevelt, Churchill y Stalin, el 12 de febrero, que los aliados estaban determinados a producir la unión de sus ejércitos. El plan, en virtud del cual acometerían con grandes fuerzas contra de Alemania, lanzadas desde los cuatro puntos cardinales, había llegado a su madurez. Se había producido la penetración del ejército rojo en el territorio alemán; en el oeste, las fuerzas combinadas anglo norteamericanas estaban dispuestas para la gran embestida sobre el Rin. El engranaje del III Reich comenzaba a crujir. Esto no era óbice para que los germanos continuasen su su desesperada política de sembrar el terror en los países ocupados. Así, en Noruega, procedieron al asesinato 34 valientes patriotas, entre el 8 y el 10 de febrero. Aquella batalla a vida o muerte iba evolucionando rápidamente hacia su faz postrera; nada es imposible en momentos de crisis. Por lo que pude ver de la zona metropolitana de Berlín, no me fue difícil deducir que incesantemente se sumaban los signos del cansancio que la guerra había provocado. Debo, sin embargo, señalar que los que caminaban por la calle tenían aspecto de estar bien alimentados. No podían advertirse indicios de que careciesen de artículos alimenticios. Frente a los almacenes había largas filas de hombres y mujeres que esperaban pacientes, pero esa actitud no era difícil percibir que todos ellos, a la corta o a la larga, lograrían satisfacer las necesidades reconocidas por su cartilla de racionamiento.

No obstante, eran gentes fatigadas, que solo anhelaban asistir cuanto antes al final de la guerra. Ya en aquel entonces había comenzado la tarea de construir barricadas en Berlín. Tampoco en este aspecto pude descubrir

que hubiera cundido el pánico, aunque tampoco señales de entusiasmo. El pueblo del III Reich, en virtud de una de sus características esenciales, trabajaba dando prueba de sumisión. Las barricadas estaban a cargo de la Volksturm, pero no se desempeñaban solos en sus tareas, pues las mujeres aportaron también una ayuda efectiva. Nadie escapaba a la obligación del trabajo. Desde luego, no faltaba en aquellas obras la mano de obreros extranjeros, que por lógica necesidad habían retirado de los campos de concentración a fin de utilizarlos en la realización de aquella tarea.

¿En qué forma se había concebido la construcción de tales barricadas?

Tan pronto como nos aproximamos a ellas, recibíamos la impresión de que eran ilusorias. Para hacerlas, aparentemente, los alemanes utilizaron todo lo que estaba a su alcance; y así pude ver ómnibus, tranvías, automóviles, con un relleno de ladrillos que debía darles el aspecto de ficticia solidez. Ni siquiera en aquellos momentos faltó a los berlineses su tan característico buen humor. Esparcida los cuatro vientos, corría de boca en boca una broma, según la cual, cuando los rusos llegaran a Berlín, precisarían una hora y dos minutos para lograr la conquista de cada una de aquellas singulares barricadas. Durante los primeros primeros 60 minutos permanecerían delante de tal barricada, desternllándose de risa ante su extravagante construcción, para luego, en los dos minutos restantes salvarla, con toda facilidad.

De este modo, vi a los berlineses en aquel crítico momento en largas y pacientes filas para lograr algún alimento, o bien en la tarea de las barricadas, mientras esperaban avistar al enemigo a las puertas de su ciudad. En torno a ellos reinaba una mezcla de destrucción y desolación. En nuestros paseos, al recorrer las calles céntricas,